## XIII

Las habitaciones del piso alto de Estmere Court, tenían poco digno de llamar la atención, como no fuese las hermosas vistas que desde ellas se disfrutaba, pues dominaban el parque y gran parte de los alrededores. No me entretuve visitándolas, y lo que procuré fué obtener ciertos datos de la señora Payne. Por la primera vez en mi vida, representé el papel de juez de instrucción, y empecé un interrogatorio.

—De modo que, según nos manifestasteis antes, sir Laurencio Estmere se separó de su esposa—dije.

—Sí, señor, es cierto.

—En la época en que hicieron este retrato que nos enseñasteis, lady Estmere debía ser muy hermosa; ¿la tratasteis ó al menos la visteis alguna vez?

—Sí, porque formaba parte de la servidumbre de sir Laurencio cuando éste se casó.

—¿Y de parte de quién estaba la razón?

Mordióse los labios, y me respondió:

—¿Sabéis que para ser un desconocido sois excesivamente curioso? No está bien que antiguos servidores de una casa respetable se ocupen de los asuntos de sus amos.

—Nada más cierto que lo que decís; pero el retrato de lady Estmere y de sus hijos me inspira un interés tanto más grande, cuanto que, con



mucha frecuencia, oí hablar de ellos á lord Rothwell.

—En ese caso, sería mucho mejor que os dirigieseis á su señoría, que podría enteraros mejor que yo. ¿Queréis que subamos á ver la torre, ó que bajemos á reunirnos con vuestro amigo?

—Pues volviendo al asunto de que estábamos hablando, es probable que lord Rothwell no sepa tanto como vos, y francamente, tengo ganas de conocer vuestra opinión.

—¡Santo Dios! ¿Y por qué os interesa tanto este asunto? Por aquí está la bajada, señor.

—¿Teníais mucho cariño á lady Estmere?

—Era la mejor de las señoras.

—Para justificar mi curiosidad, os diré que soy amigo suyo, y que hace muy poco tuve ocasión de verla en Londres.

Miróme fijamente la señora Payne, y replicó:

—Todo puede ser; ¿y cómo sigue lady Estmere?

—Como es natural, ha cambiado mucho desde que no la veis; pero como siempre, es hermosa, y ahora tiene el cabello blanco como la nieve.

—¡Pobre y querida señora! ¿Cuándo volveré á verla? Cuando la visitéis, no dejéis de ofrecerla mis respetos; decidla que de parte de Ana Jones, que es el nombre con que me conoció. Confío en que se acordará de mí.

—Os prometo que seré fiel portador de vuestro mensaje, y os ruego que me habléis con más detalles de sir Laurencio y de su esposa. Ese joven que me aguarda abajo, es su hijo Valentín; como veis, no obramos impulsados por frívola curiosidad.

—¡Misericordia divina! ¡El señor Valentín Estmere! Ahora comprendo por qué tenía tanto empeño en ver el retrato de sir Laurencio; ¡pobre joven! ¡Pobre lady Estmere! Si obró mal y cometió algún yerro, bien caro lo pagó.

—Pero, ¿cometió esos yerros? Debe haber sido víctima de un error fatal.

La señora Payne inclinó tristemente la cabeza.

—¡Por compasión, decídmelo todo! Estuvisteis á su lado en la época de su juventud, y debéis saber á qué ateneros.

—La prudencia me obliga á callarme.

—¡Os conjuro á que habléis! ¡Os lo suplico en nombre de su hijo!

—No puedo decidirme á hacerlo, señor.

—Es de desear que se puedan oponer hechos precisos á pérfidas murmuraciones. ¿Qué lenguas de víbora fueron las que infiltraron su veneno en el ánimo de sir Laurencio?

—Tenía demasiado talento para dejarse arrastrar por las ideas de otro... como pudo ella hacer... pero desde el momento en que sir Laurencio y yo lo vimos...

—¿Queréis decirme con eso que se figuró ver que era realidad lo que él imaginaba?

—No, no; os digo que positivamente vió, lo mismo que lo vi yo misma; de manera que es de todo punto inadmisible que hayamos sido engañados los dos por una doble alucinación.

Estaba tan emocionada la señora Payne, que tuve que pedirla que se sentase.

—Me dijisteis mucho; pero aun no todo lo suficiente—la dije.—Tranquilizaos y contadme de qué manera pasaron las cosas.

—Accedo á hacerlo, mas con la condición de que juzgaréis á lady Estmere con indulgencia. No debía haber premeditación por su parte, y según decían, los desventurados se habían amado antes, ¡y quién sabe si se amaban aún! Sir Laurencio, el marido, empezó á mostrarse receloso.

Empezó entonces la señora Payne una serie de largas digresiones, y tuve que esperar con paciencia á que reanudase el hilo de su historia.



Indudablemente, á los ojos de aquella mujer era culpable lady Estmere. Por un momento se quebrantó mi fe en ella, pero el recuerdo de aquel rostro de noble expresión y franca mirada, de frente tan pura, hízome recobrar la confianza en su virtud sin tacha.

—¡Ah! ¡Qué catástrofe aquélla, señor! Fué peor que el infierno. Hasta en la hora de la muerte recordaré la expresión que tomó el rostro de sir Estmere, cuando aquella sospecha fatal hizo mella en su espíritu. Para hacerme comprender, es preciso que entre en algunos detalles. Vivíamos entonces en Douvreshouse, hermosa villa de propiedad de sir Laurencio, situada á unos dieciocho kilómetros de Estmere Court. Comparada con el castillo, la villa no era más que una casita, á pesar de lo que, como sir Laurencio y su esposa se amaban tanto, preferían vivir allí en donde estaban solos la mayor parte del tiempo. Alguna que otra vez no faltaban visitantes. Se decía que el aire de Douvreshouse era más sano que el de Estmere Court, y por esto sin duda pasaban en la villa más largas temporadas que en el castillo. Por esa época, el hijo primogénito de sir Laurencio tenía unos tres años, y el pequeño, el señor Valentín, unos seis meses. A mi ama, lo mismo que á sus hijos, de los que era yo una de las niñeras, profesábales gran cariño. Uno de los primos de milady hacía frecuentes visitas, ya al castillo, ya á la villa. Era un apuesto oficial del que decían que había estado para casarse con lady Estmere.

—¡Apostaría que era el señor Chesham!

—Sí, señor; el mismo; hombre muy simpático cuando quería engañar, pero en el fondo una mala persona, y todos lo teníamos por entonces en muy mal concepto. Mostrábase meloso y obsequioso con sir Laurencio y con su esposa; pero á hurtadillas

dirigíales miradas hipócritas y malignas, siendo la verdad que supo hacerse el indispensable y que se le veía de continuo en casa.

Una vez, mientras el capitán se hallaba en Douvreshouse, á sir Laurencio le enviaron á buscar desde Estmere Court, en donde le esperaban para la resolución de un asunto. Se marchó por la mañana para volver al día siguiente. En el momento en que iba á montar á caballo, le llevamos los niños para que se despidiese de ellos. Besó con mucha ternura á sus hijos y á su mujer, y en aquel instante parecía el más dichoso de los hombres.

Es preciso que os diga, señor, otra cosa. Ya sabéis lo que es la juventud, y entonces yo tenía por novio á un joven que fué con quien me casé hace veinte años. Vivía mi novio en una granja no muy grande, cercana á Douvreshouse y propiedad también de sir Estmere, y aquella noche precisamente habíale yo citado para que á las diez y media fuese á esperarme al jardín. Cuando me separé de los niños, estos dormían tranquilamente, y lady Estmere se había retirado á sus habitaciones situadas en el centro de la casa. El tocador de sir Laurencio tenía comunicación con ella. Encontré á Payne que me estaba esperando cerca de las cuadras situadas á alguna distancia del cuerpo principal del edificio, y estuvimos hablando como cosa de media hora. Para volverse á su casa, tomó el camino más corto, atravesando el jardín. Al acercarme á la casa oí ruido de pasos, y como temía que fuese el señor Chesham, me oculté tras de unos arbustos. No era el capitán, sino sir Laurencio, que volvía muchísimo antes de la hora á que había dicho volvería. Al pasar dejó el caballo en la cuadra y se dirigía á pie hacia la casa. Gracias á la claridad de la luna pude reconocerle fácilmente. Deseando saber qué distancia me separaba de la casa, dirigí mis



miradas hacia aquella parte para saber si podría llegar antes que sir Laurencio; entonces ví luz en el cuarto tocador de éste, y las persianas abiertas de par en par, permitiéndome ver con toda claridad á lady Estmere y al capitán Chesham estrechamente abrazados. ¡Si no los hubiese visto, hubiera jurado por Dios santo que la cosa no era posible!

Al decir esto sollozaba la señora Payne, y yo me quedé silencioso, tan grande era el trastorno que me produjo lo que oí. Cuando se repuso un poco, siguió diciendo:

—Lady Estmere tenía la cabeza apoyada en el hombro del capitán; estaba vuelta de espaldas y con los brazos echados alrededor del cuello de su amante, que la besaba con pasión en la frente. Habría querido gritar para avisarles la llegada de sir Laurencio; pero la emoción ahogó mi voz, y era además demasiado tarde, porque veía lo mismo que yo. En el primer momento quedóse como aniquilado; luego de pronto centelleó su mirada; pero no se movió. Si el infame Chesham hubiese mirado á aquella parte en que estábamos nosotros, viera á sir Laurencio, cuya silueta se engrandecía gracias á la luz de la luna. Al cabo, lady Estmere se soltó de los brazos del capitán, y la vi llevarse la luz, quedando de nuevo á obscuras la habitación; pero fuera había tanta claridad como en pleno día. Calló; entonces recordé lo que Claudina me había dicho: «La querréis y la respetaréis á pesar de cuanto malo oigáis decir de ella.» Ansiando saber más, pregunté:

—¿Y qué fué lo que hizo entonces Laurencio?

—De pronto pareció galvanizado; exhaló un suspiro y dió un salto, y tuve mucho miedo de que aquella noche no terminara todo con un asesinato. No obstante, mi amo consiguió dominarse y se puso á pasear por delante de la casa.

—¿Y después?

—Se abrió la puerta y salió el capitán con el cigarro en la boca. Creía, iba á decir esperaba, que sir Laurencio se arrojaría sobre él para matarlo; pero se limitó á salir al encuentro de su rival mirándole cara á cara. Esto me hizo suponer que las personas de vuestra clase son mucho menos aficionadas que las de la nuestra á valerse de los puños. «—¡Cómo!—exclamó el capitán.—¿Ya estáis de regreso?—¡Calla! ¡miserable!—respondió sir Laurencio.» Aquella vez sí que creí que los momentos del capitán estaban contados; pero no fué así, porque las personas de buena educación parece que saben dominarse

Callóse la señora Payne, y yo dije:

—¡Continuad, por favor! ¿Qué fué lo que sucedió después?

—Adivinando el pensamiento de sir Laurencio, el capitán manifestó que estaba pronto á darle una satisfacción.—«Puedo atravesaros el corazón; pero eso no basta á mi venganza—dijo Chesham; —ya oiréis hablar de mí en el círculo.»

—Acordaos de que esa mujer me pertenecía antes de que la arrancaseis á mi ternura.—«Salid de aquí, ú os mato.»—Alejóse el capitán; ocho kilómetros le separaban de la villa más inmediata. Sir Laurencio echó á andar tras él amenazándole con el gesto; pero á los pocos momentos cayó rendido sobre un banco; se ahogaba. En mi vida he presenciado un dolor como aquél, ¡qué desesperación! Aterrada, huí de aquel sitio, y me metí en mi cuarto.

—¿Y era esto lo que podíais decirme, señora Payne?

—Creo que aquella noche no entró sir Laurencio en casa, y sí que lo hizo por la mañana. Mis compañeros me contaron que lady Estmere fué la primera que se presentó á darle los buenos días,



al poco rato subió á su habitación con el rostro trastornado y la mirada extraviada. Sir Laurencio Estmere, dió orden á la niñera de su hijo mayor para que recogiese todas las ropas de éste, y en efecto, padre é hijo marcháronse aquel mismo día. A las veinticuatro horas abandonó lady Estmere á Douvreshouse, con el pequeño, dirigiéndose, según dijo, á Londres. Desde ese día no he vuelto á ver á ningún miembro de la familia. Pagaron y despidieron á toda la servidumbre, cerraron todas las habitaciones y confiaron á mi suegro la custodia del castillo. Cuando se murió mi suegro, le reemplazó mi marido. Algún tiempo después, supe que sir Laurencio y el capitán se habían batido.

—Sí, y á consecuencia de ese desafío, el capitán Chesham quedó cojo para toda su vida—dije.—Lo merece, porque es un miserable.

Muy emocionado con el relato que acababa de oir, me preguntó qué era lo que podría contar á Valentín. No podía poner en duda la veracidad de la señora Payne, que prosiguió diciéndome:

—Ha sido preciso que me revelaseis que vuestro amigo era el señor Valentín, para que yo me decidiese á hablar, pues no me agrada, podéis creerlo, hacerme eco de hablillas y rumores escandalosos.

—Estoy convencido de que es así, señora Payne—respondí.

—La marcha repentina de sir Laurencio á un lado y de milady á otro, dieron origen á muchas hablillas; pero supe callarme. ¡Pobre lady Estmere! Si la veis, señor, no dejéis de decirla cuánto me acuerdo de ella.

—¿Y cómo explicáis esa falta, ese olvido de los deberes más sagrados? Hace poco me hablasteis de ella como de una mujer que tenía todas las virtudes.

—Toda mi vida habríame negado á creer que era culpable; pero no puedo negar la evidencia.

—Creo que desde entonces lady Estmere no ha vuelto á dirigir la palabra á Chesham.

—Estoy segura, señor, de que así lo habrá hecho. Ese canalla la indujo á la tentación, no porque la amase, sino por espíritu de venganza.

—¿De venganza?

—Sí; había habido entre ellos tratos para casarse, y según dicen, le quitó todas sus esperanzas mucho antes de conocer á sir Estmere, y el infame quiso vengarse perdiéndola. Os repito, señor, que ese hombre es un engendro de Satanás. Sabiendo que sir Estmere iba á volver de un momento á otro, se colocó, con deliberada intención, cerca de la ventana con lady Estmere.

—Decidme de qué manera pudo prever el regreso inesperado de sir Laurencio, ¿era este un marido celoso? ¿Tenía ya algún comienzo de duda que le roía el corazón?

—No por cierto, pues hasta que llegó aquella noche maldita, su mujer le inspiró una confianza absoluta. Algunos días después, mi marido me contó un detalle que después de estos acontecimientos, me preocupó mucho. Al poco tiempo de haber salido de Douvreshouse sir Laurencio, encontró en el camino al padre de Jones, y habló con él un momento acerca del estado de la cosecha, y en seguida le pidió que si volvía á Douvreshouse viese á lady Estmere y la dijese de su parte que había cambiado de idea, y que pensase regresar aquella misma noche entre diez y once. Poco después, mi suegro, que era hombre de edad avanzada, encontró al capitán, y para ahorrarse la caminata hasta la villa, le pidió que se encargase de dar el recado, cosa á que Chesham accedió; lo prometió, sí; pero se guardó muy mucho de decir á nadie ni una palabra. Si lady Estmere se



hubiese figurado que su marido cambiara de idea, á buen seguro que no habría estado en la ventana acompañada de Chesham, y precisamente á la hora que aquél debía regresar. En todo ello hay que reconocer que el capitán obró con una permeditación de las más infernales.

—Sólo un canalla, un miserable de la peor especie, es capaz de una traición semejante—dije.

—El tal Chesham, es un infame, un hombre sin alma, y podría contaros de él muchas otras cosas; mas, ¿para qué?—añadió la señora Payne.

—Es una lástima que sir Laurencio Estmere no se haya podido enterar de ese detalle.

—Tengo la convicción de que eso sólo habría contribuído á agravar la situación, aparte de que se marchó sin decir á nadie á dónde se dirigía.

Aquel detalle sirvióme como de consuelo, porque en él vi una nueva prueba de la infamia del miserable. Sin poder á la sazón explicarme cómo había podido lady Estmere, de una manera inconsciente, representar un papel tan deplorable, me negué á creer en su culpabilidad. Me prometí poner en claro aquel misterio, y lograrlo á cualquier precio por el cariño que me inspiraban Valentín y su madre.

¡Claudina quedaría tan agradecida, si yo conseguía probar la inocencia de su tía! Estas fueron las reflexiones que se me ocurrieron cuando bajaba la escalera del castillo, detrás de la señora Payne.

## XIV

Valentín nos estaba aguardando en la galería de los retratos, en donde, por vez primera, había trabado conocimiento con todos sus antepasados. Miróme con aire interrogador. Mi rostro no tenía una expresión tranquilizadora; pero fingiendo alegría, me dijo:

—Estaba preguntándome, amigo mío, si habríais huído con la señora Payne. La verdad es que tuvisteis tiempo más que sobrado para visitar todos los rincones y rinconcitos del castillo.

Sonrió la señora Payne, y se quedó mirando á Valentín.

—Pues bien, Felipe—siguió diciendo aquél;—es preciso que nos marchemos. Adiós, señora Payne, y gracias por todo.

Al decir estas palabras, quiso hacerla tomar un billete de banco, que ella le devolvió.

—Entonces, ¿me permitiréis que como recuerdo de esta visita os mande el corte de vestido?

—Es que me prometisteis otra cosa, señor Valentín—contestóle.

—¡Es verdad!—dijo Valentín riendo con toda su su alma.—¿Será posible que una mujer haya tenido que recordarme semejante promesa?

—¡Ah! ¡Cuántas veces os besé cuando fuí vuestra niñera, señor Valentín!—exclamó la buena mujer, sin poder dominar su emociór



—Por lo que voy oyendo, me entero de que mi amigo os dijo quién soy. Espero, pues, que, gracias á vos, sabré cosas que, á mi vez, seré muy dichoso en saberlas.

—Mas ¡ay! temo, señor Valentín, que no sea así. No conviene, sin embargo, dejarse arrastrar por la desesperación, porque muy pronto puede sir Laurencio tener pesar por lo ocurrido y llamaros á su lado.

—Aun cuando sir Laurencio Estmere me diese á Estmere Court con todas sus dependencias, no consentiría poner los pies aquí antes de que mi madre pueda volver con la cabeza muy alta.

Expresóse Valentín con una firmeza tan grande, que la buena señora Payne quedóse desconcertada. Comprendiendo que mi amigo debía estar impaciente, abrevié todo lo posible la despedida. A los pocos momentos nos hallábamos en la carretera.

—Ahora, amigo mío, decidme todo cuanto sepáis. ¿Son buenas ó malas las noticias que tenéis? —interrogó Valentín.

—Malas; tanto es así, que preferiría no deciros ni una palabra acerca de ellas—contesté.

—Decidme, Felipe, cuanto sepáis; os lo ruego, no me ocultéis nada. Para obrar como lo hizo, debía tener mi padre motivos muy graves, sospechas imaginarias, con seguridad; pero es preciso conocer su origen.

Contéle minuciosamente cuanto me había dicho la señora Payne, y me quedé satisfecho de la calma con que me escuchó.

La fe de Valentín en su madre era inquebrantable. Riéndose de una manera despreciativa, me dijo:

—¡Imaginaos á mi madre, á lady Estmere, en pie, al lado de una ventana abierta, dejándose abrazar y besar por el capitán Chesham! ¡Eso no

sólo es absurdo, Felipe, sino que además es repulsivo!

—Se dice que antaño existió entre ellos proyecto de casamiento. En su juventud, quizá el capitán tuvo un aspecto más seductor—dije á manera de observación.

—No, Felipe, no. Mi madre nunca ha sospechado por qué la abandonó mi padre.

—No lo sé; pero con seguridad que no fué á mi madre—contestó Valentín con esfuerzo, porque le ahogaba la emoción.—¿Creéis, sí ó no, en su inocencia?

—Tengo la íntima convicción de que vuestra madre es la virtud personificada—respondí, tendiéndole mi mano.

—¿A quién, pues, pudieron ver aquella noche, tanto sir Laurencio como la señora Payne?—pregunté.

—La escena que representó ese miserable es, con seguridad, una venganza. Un día ú otro le obligaré yo á que diga la verdad—dijo con cólera mi amigo.

Valentín deducía, como se ve, las mismas consecuencias que la señora Payne, ignorando aún el último detalle del relato de aquélla. Pensé que lo mejor era no decirle nada hasta el día en que pudiera pedir consejo á lord Rothwell. Valentín no tenía medios para captarse las simpatías del capitán, porque un puñetazo dado en medio del rostro predispone poco á la confianza. En cuanto á mí, proponíame, tan pronto como regresase á Londres, buscar los medios de intimar con Chesham, para arreglarme de manera que algún día pudiese arrancarle su secreto. Con mucha frecuencia habíale oído en el círculo alabarse por sus triunfos en el amor. Vivir en la intimidad con semejante canalla, era pagar muy caro el descubrimiento de la verdad. A pesar de todo, tenía bastante tiempo por delante para poder reflexionar puesto que mi estancia en Mirfield debía prolongarse muchas semanas. Antes de regresar á Londres, habría tomado una decisión. Decidimos pasar la noche en la primera posada que encontrásemos en el camino, pues nos hallábamos aún á unos veinticuatro kilómetros de distancia del castillo de lord Rothwell. Alquilamos un carruaje de esos á que muchos en el país llaman un patache. Lord Rothwell nos recibió con mucho cariño, rogándonos le dispensásemos la falta de comodidades de su casa de solterón.



—Hace lo menos dos años que no puse los pies aquí, y Mirfield se hallaba en un estado deplorable—nos dijo.—Hasta este año he tenido arrendada la casa á unos desconocidos; pero como no quería inquilinos en mi casa, ésta quedaba cerrada y desierta.

¿No era una cosa extraña que los dos más hermosos y ricos castillos del condado estuviesen abandonados á causa de la misma mujer? Porque no era posible dudar que los viajes eran el medio de curación á que apelara lord Rothwell como paliativo para olvidar la desgraciada pasión que le inspiraba lady Estmere. Fuese cual quisiese el estado de abandono en que se hallaba el castillo de Mirfield, había en él, sin embargo, habitaciones más que suficientes para nosotros dos y para los demás convidados que se fueron presentando por la tarde. ¡Eran antiguos amigos nuestros! Los señores Vigor y Stanton. Al primero lo había yo presentado hacía algún tiempo á lord Rothwell, que tardó muy poco en contarle en el número de sus buenos amigos. Desde el día en que ocurrió el episodio del yate, no nos habíamos vuelto á ver con Stanton. Por una de esas casualidades tan frecuentes en la vida, los dos convidados habían ocupado en Londres asientos en el mismo

vagón, y el alegre relato de los incidentes de su viaje nos divirtió de una manera extraordinaria durante la comida.

—Mi primer cuidado cuando entro en un vagón—dijo Stanton,—es defender mi soledad.

—Y yo lo mismo, ¡pardiez!—añadió Vigor.

—Cómodamente instalado en mi rincón, aguardaba con paciencia á que el tren se pusiese en marcha, cuando se presentó el señor y entró allí como en país conquistado, desarreglándome mi manta, estorbando mis movimientos, turbando mi tranquilidad.

Entretanto, el señor se caló los lentes, me miró de pies á cabeza, y exhalando un profundo suspiro, sacó del bolsillo un periódico, lo desdobló, poniéndosele delante de la cara y entregándose á su lectura con un afán muy grande, como queriéndome decir que no tenía deseos de trabar conversación conmigo.

El intruso se mueve sin cesar en su asiento; saca de un cartapacio un paquete de pruebas de imprenta, las corrige con un lápiz azul, las mete en un gran sobre y llama á un mozo de la estación y se lo da o,rdenándole que lo eche al correo. Hecho todo esto, extiende sus largas piernas, se mete las manos en los bolsillos, y en alta voz exclama: «¡*Laus Deo*, que no tengo nada que hacer en un mes!»

Mientras tanto, el otro viajero se encoge de hombros, y yo estudio su larga fisonomía, y tomo apuntes mentales para el plan de la novela que pienso publicar muy pronto.

—¿Y cuánto tiempo duró ese estado de cosas tan divertido?—preguntó lord Rothwell.

—Un siglo por lo que hace al tiempo; centenares de kilómetros por lo que se refiere á la distancia. No pudiendo soportar que se diese tanto



tono, me propuse molestar con deliberada intención á mi compañero de viaje.

—Cuantas veces llegábamos á un empalme, acechaba los movimientos del intruso y le seguía como su sombra. Si afecta ignorar mi presencia, al menos no tendrá más remedio que aguantarla —me dije.

—Es verdad, y llegué á figurarme que erais el noticiero de algún periódico, y que estabais encargado de dar cuenta de un crimen.

—Pues por mi parte, mientras no vi el estuche de vuestra escopeta, os tomé por un comisionista presumido, al que no le agradaba viajar en segunda.

—¿Pero cómo concluyó todo eso?

—Nos faltaba aún recorrer unos cincuenta kilómetros, cuando vi con pena que estaba fumando un último cigarro, y prolongué todo lo que pude su duración, llegando hasta el extremo de quemarme los labios; después no tuve más remedio que conformarme con mi mala suerte—dijo Stanton.

—Mas yo, como las vírgenes prudentes, tenía aceite en mi lámpara—indicó Vigor.

—En efecto, el señor lo tenía, y cuando yo arrojé la colilla de mi último Londres, sacó una petaca bien provista de ellos. Y la mirada de este señor fué tan elocuente, que no pude por menos de ofrecerle mi petaca.

—Cedí á la tentación—dijo Stanton;—pero hubiera preferido más pagar una guinea por un cigarro que entrar en conversación con mi bienhechor.

—Cuando se da una limosna á un mendigo, no se admite que su agradecimiento se convierta en familiaridad. Al cabo adiviné á dónde iba, y me hubiera gustado que vierais su cara cuando me vió tomar asiento en vuestro dogcart. No tengo

para qué ocultar que la sorpresa fué muy desagradable; mas, á mal tiempo, buena cara.

—Después de mirarnos lo mismo que el perro y el gato—añadió Vigor,—al cabo nos acercamos, y como teníamos amigos que lo eran de los dos, acabamos por serlo nosotros. Poco después nos repartíamos como buenos hermanos mi último cigarro. Es natural que un dogcart acorte las distancias. Ahora somos los mejores amigos del mundo.

Lord Rothwell estaba de muy buen humor. En Mirfield encontré una carta de Claudina.

Un año ó dos pronto se pasan, y mi padre, pensé, volvería al cabo y tomaría gran cariño á su nuera.

Luego llegó la hora de acostarse, y también la de pensar y acordarme de mi hermosa prometida.

## XV

Al día siguiente era el 1.º de Septiembre. La apertura de la caza fué de las más brillantes, y todos me cumplimentaron por mi puntería y destreza. Vigor, que había ido sin llevarse escopeta, no dejó por eso de tener su parte en el éxito de la jornada. En cuanto á Valentín, no era un cazador fanático y cualquier cosa, un sitio del que se gozase de buena vista, un bosquecillo de árboles bastaban para distraerle, y su poca habilidad cinegética le expuso á las bromas y burlas de todos. Al llegar la hora del almuerzo, me senté al lado de Vigor, y Valentín se alejó de nosotros,



yéndose en busca de sitios pintorescos, mientras que lord Rothwell y Stanton parecían dispuestos á dar buena cuenta del cesto de las provisiones. Hablando de varias cosas y del Juvenil Club, entre ellas, contóme Vigor lo que se decía, y los rumores que circulaban acerca de Valentín.

—¿De dónde salen esos rumores que corren á su alrededor?—pregunté.

—Se dice que Valentín es hijo del capitán Chesham, y hasta se bromea haciendo notar la semejanza que dicen hay entre ellos. Por más que los dos son rubios, á mí paréceme que no hay nada de semejanza, al contrario, que son muy distintos ¡qué pena y qué disgusto para Valentín!

—Es preciso tratar con desprecio á los calumniadores—observé.—Es fácil de decir; pero difícil de hacer lo que me aconsejáis, porque todo el mundo sabe que sir Laurencio y lady Estmere están separados, y que la cojera del capitán Chesham la causó un balazo que le pegó el baronet al poco teimpo de separarse de su esposa. El público deduce de esta serie de hechos que Valentín no lleva el apellido de su verdadero padre.

—¿En dónde está ahora Chesham?—pregunté.

—Se marchó al continente hará unos quince días, y los jugadores están que trinan, y se quejan de la manera cómo los trató. Chesham tuvo sus razones particulares para calumniar á lady Estmere.

—¡Ah! ¡Ninguna persona honrada es capaz de hacer eso!—repliqué.

—Es muy cierto; pero Chesham lo hace. Es hombre indigno, y juró perseguir y atormentar á sir Laurencio Estmere. Se le había metido en la cabeza la idea de trabar gran amistad con Valentín, al que encontró en el Juvenil Club; pero nuestro amigo no se prestó á ello.

—¿Y qué hizo Valentín?—pregunté.

—Le asestó un puñetazo tan fuerte, que el ca-